

# Catalina de Siena, patrona de Europa

Homilía en la celebración eucarística con la que Juan Pablo II anunció la proclamación de Edith Stein, Catalina de Siena y Brígida de Suecia «copatronas» de Europa.

**Fr. Timothy Radcliffe, O.P.**

---

**1. "El mismo Jesús se acercó y siguió con ellos" (Lc 24, 15).** El relato evangélico de los discípulos de Emaús, que hemos escuchado hace un momento, constituye la imagen bíblica que sirve de marco a esta segunda Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos, que iniciamos con esta solemne concelebración eucarística cuyo tema es: "Jesucristo, Viviente en su Iglesia, fuente de esperanza para Europa", confiando al Señor las expectativas y esperanzas que guardamos en nuestros corazones. Nos hallamos en torno al altar en representación de las Naciones del Continente, unidos por el deseo de que el anuncio y el testimonio de Cristo vivo ayer, hoy y siempre sean cada vez más incisivos y concretos en todos los rincones de Europa.

Con gran alegría y cariño ofrezco a cada uno de vosotros mi fraternal abrazo de paz. El Espíritu nos ha convocado para este importante evento eclesial que, enlazándose a la primera Asamblea para Europa de 1991, concluye la serie de Sínodos continentales preparatorios del Gran Jubileo del 2000. En vuestras personas dirijo a las Iglesias locales de las que procedéis mi más cordial saludo.

**2. "Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre" (Hb 13, 8).** Como ya es sabido, es ésta la llamada constante que resuena en la Iglesia encaminada hacia el gran Jubileo del año 2000. Jesucristo está vivo en su Iglesia y, generación tras generación, sigue "acercándose" al hombre y "caminando" con él. Especialmente en los momentos de prueba, cuando las desilusiones amenazan con hacer vacilar la confianza y la esperanza, el Resucitado cruza los senderos del extravío humano y, aunque no Lo reconozcamos, se convierte en nuestro compañero de camino.

De este modo, en Cristo y en su Iglesia, Dios no deja de escuchar las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de la humanidad (cfr. Const. past. *Gaudium et spes*, 1), a la cual quiere hacer llegar el anuncio de su amoroso cuidado. Esto es lo que ha sucedido en el Concilio Vaticano II y éste es también el sentido de las diversas Asambleas continentales del Sínodo de los Obispos: Cristo resucitado, vivo en su Iglesia, camina con el hombre que vive en Africa, en América, en Asia, en Oceanía, en Europa para suscitar o despertar en su ánimo la fe, la esperanza y la caridad.

**3. Con la Asamblea Sinodal que comienza hoy,** el Señor quiere dirigir al pueblo cristiano, peregrino en las tierras comprendidas entre el Atlántico y los Urales, una invitación a la esperanza. Invitación que hoy ha encontrado una particular expresión en las palabras del Profeta: "Lanza gritos de gozo ... alégrate y exulta" (So 3, 14). El Dios de la Alianza conoce el corazón de sus hijos y las muchas pruebas dolorosas que las naciones europeas han tenido que sufrir a lo largo de este duro y difícil siglo que ya se acerca a su fin.

Él, el Emanuel, el Dios-con-nosotros, ha sido crucificado en los campos de concentración y en los gulags, ha conocido el sufrimiento en los bombardeos, en las trincheras, ha padecido allí donde el hombre, cada ser humano, ha sido humillado, oprimido y violado en su irrenunciable dignidad. Cristo ha sufrido la pasión en las innumerables víctimas inocentes de las guerras y de los conflictos que han ensangrentado las regiones de Europa. Conoce las graves tentaciones de las generaciones que se preparan a cruzar el umbral del tercer milenio: desgraciadamente, los entusiasmos suscitados por la caída de las barreras ideológicas y por las pacíficas revoluciones de 1989 parecen haberse extinguido de forma rápida en el impacto con los egoísmos políticos y económicos, y en los labios de tantas personas en Europa afloran las palabras desconsoladas de los dos discípulos del camino de Emaús: "Nosotros esperábamos..." (Lc 24, 21).

En este particular contexto social y cultural, la Iglesia siente el deber de renovar con vigor el mensaje de esperanza que Dios le ha confiado. Con esta Asamblea repite a Europa: "Yahveh tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador!" (So 3, 17). Su invitación a la esperanza no se basa en una ideología utópica como las que en los últimos dos siglos han aplastado los derechos del hombre y, especialmente, los de los más débiles. Es, por el contrario, el imperecedero mensaje de salvación proclamado por Cristo: ¡El Reino de Dios está en medio de vosotros, convertíos y creed en el Evangelio! (cf. Mc 1, 15). Con la autoridad que le viene de su Señor, la Iglesia repite a la Europa de hoy: Europa del tercer milenio, "¡...no desmayes tus manos!" (So 3, 16), no cedas al desaliento, no te resignes a modos de pensar y vivir que no tienen futuro, porque no se basan en la sólida certeza de la Palabra de Dios!

Europa del tercer milenio, la Iglesia a ti y a todos tus hijos vuelve a proponer a Cristo, único mediador de la salvación ayer, hoy y siempre (cfr. Hb 13,8). Te propone a Cristo, verdadera esperanza del hombre y de la historia. Te lo propone no sólo con las palabras, sino especialmente con el testimonio elocuente de la santidad. Los Santos y las Santas, de hecho, con su existencia marcada por las Bienaventuranzas evangélicas, constituyen la vanguardia más eficaz y creíble de la misión de la Iglesia.

**4. Por esto, queridísimos Hermanos y Hermanas,** en el umbral del Año 2000, mientras la Iglesia entera que está en Europa se encuentra aquí representada del modo más digno, tengo hoy la alegría de proclamar tres nuevas Co-patronas del Continente europeo. Ellas son: santa Edith Stein, santa Brígida de Suecia y santa Catalina de Siena. Europa ya está bajo la protección celestial de tres grandes santos: Benito de Nursia, padre de la vida monástica occidental y de los dos hermanos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos. He querido colocar al lado de estos insignes testigos de Cristo otras tantas figuras femeninas para subrayar además el gran papel que las mujeres han tenido y tienen en la historia eclesial y civil del Continente hasta nuestros días.

Desde sus albores la Iglesia, aún estando condicionada por las culturas en las cuales se hallaba integrada, ha reconocido siempre la plena dignidad espiritual de la mujer a partir de la singular vocación y misión de María, Madre del Redentor. A mujeres como Felicita, Perpetua, Ágata, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia -como

testifica el Canon romano- ya desde los comienzos los cristianos se dirigieron con fervor no inferior a aquél reservado a los santos varones.

**5. Las tres santas, escogidas como Co-patronas de Europa,** están ligadas de modo especial a la historia del Continente. Edith Stein que, proviniendo de una familia judía, dejó la brillante carrera de estudiosa para hacerse monja carmelita con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz y murió en el campo de exterminio de Auschwitz, es un símbolo de los dramas de la Europa de este siglo. Brígida de Suecia y Catalina de Siena, que vivieron en el siglo XIV, trabajaron incansablemente por la Iglesia, preocupándose por su suerte a escala europea. Así, santa Brígida, consagrada a Dios después de haber vivido plenamente la vocación de esposa y madre, recorre Europa de norte a sur trabajando sin descanso por la unidad de los cristianos y murió en Roma. Catalina, humilde e intrépida terciaria dominica, llevó la paz a su Siena, a Italia y a la Europa del '300; se dedicó completamente a la Iglesia, logrando obtener el retorno del Papa desde Aviñón a Roma.

Las tres expresaron admirablemente la síntesis entre contemplación y acción. Su vida y sus obras testimonian con gran elocuencia la fuerza de Cristo resucitado, que vive en su Iglesia: fuerza del amor generoso por Dios y por el hombre, fuerza de auténtica renovación moral y civil. En estas Patronas, tan ricas de dones desde el punto de vista tanto sobrenatural como humano, pueden hallar inspiración los cristianos y las comunidades eclesiales de cada confesión, como también los ciudadanos y los estados europeos, sinceramente comprometidos en la búsqueda de la verdad y del bien común.

**6. "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros ... y nos explicaba las Escrituras?"** (Lc 24,32). Deseo de corazón que los trabajos sinodales nos hagan revivir la experiencia de los discípulos de Emaús los cuales, llenos de esperanza y alegría por haber reconocido al Señor "en la fracción del pan", retornaron sin dudar a Jerusalén para contar a los hermanos lo que había ocurrido a lo largo del camino (cfr. Lc 24,33-35). Que Jesucristo nos conceda también a nosotros el encontrarlo y reconocerlo junto a la Mesa eucarística, en la comunión de los corazones y de la fe. Que nos done el vivir estas semanas de reflexión en la escucha profunda del Espíritu Santo que habla a las Iglesias en Europa. Que nos haga humildes y ardientes apóstoles de su Cruz como lo fueron los santos Benito, Cirilo, Metodio y las santas Edith, Brígida y Catalina.

Imploramos su ayuda junto a la celestial intercesión de María, Reina de todos los Santos y Madre de Europa. Que de esta segunda Asamblea Especial para Europa puedan surgir las líneas de acción evangelizadora atenta a los desafíos y a las expectativas de las jóvenes generaciones.

¡Y que Cristo pueda ser la renovada fuente de esperanza para los habitantes del "viejo" continente, en el cual el Evangelio ha suscitado en los siglos una incomparable cosecha de fe, de amor laborioso y de civilización! ¡Amén!